

RECUPERANDO LA TEOLOGIA DE LA VIDA ESPIRITUAL

SEGUNDA PARTE

III. ACTUALIZANDO LA TEOLOGIA ASCETICO-MISTICA

Muchos son los temas que deberían tratarse aquí; el ideal sería abordar todos los que debe tratar la teología sistemática de la vida espiritual.

La escasez de lugar, sin embargo, nos obliga a elegir sólo algunos que en nuestra opinión, muy discutible por supuesto, nos parecen los más importantes. Los trataremos en la forma más práctica y “espiritual” posible.

1. El camino-original: Teología del encuentro y espiritualidad

Toda renovación auténticamente espiritual la realizan los santos y los justos en el seno de comunidades-eclesiales. No perdamos el tiempo en elucubraciones teóricas; la historia de la espiritualidad muestra la constante.

De bandas informes con grandes ideales ascético-místicos, surgen los fundadores o maestros de comunidades nuevas que a través de procesos de fermentación-expansión y, a veces, extinción¹, dan a luz escuelas, movimientos o corrientes de espiritualidad que son “nuevas” o simplemente revitalizan el pasado. Todo es “nuevo” en la Tradición, y que de todas formas enriquecen la perenne espiritualidad de la Iglesia Universal.

Quien estudie a las vírgenes consagradas, a los padres del desierto, a la escuela benedictina, cisterciense o cartujana, a los dominicos, franciscanos y carmelitas, a los jesuitas, a la escuela salesiana y francesa del siglo XVII, o a la Legión de María, el Movimiento de los Focolares o por un Mundo mejor, Opus Dei, Schönstatt, carismático o Taizé, llegará a la misma conclusión.

Ante todo, la espiritualidad cristiana no es el fruto de una “técnica” o de un método.

En esto el “orientalismo” ha confundido a algunos cristianos. La meditación “zen” puede parecerse a la “nada” de san Juan de la Cruz², pero no más que eso. El Zen no parte de la Palabra de Dios

¹ Cfr. Raymond Hostie, *Vida y muerte de las órdenes religiosas*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1973

² Cfr. H.M. Enomiya Lassalle, *El Zen*, Mensajero, Bilbao, 1972, pág. 107 y ss.

que está contenida en la Biblia y la Tradición y es interpretada fielmente por el Magisterio de la Iglesia Católica en cuyo seno hay que vivir, como lo dice claramente san Juan de la Cruz³.

El error fundamental está en pensar que una vez que se ha superado la meditación objetiva (conceptual o imaginativa), y se comienza a entrar en la experiencia "transpsicológica" de lo Divino, los místicos de todas las religiones quedarían nivelados y la iluminación cristiana, el nirvana budista y el satori del Zen vendrían a ser casi la misma cosa.

Esto es desconocer la dinámica de la contemplación cristiana que parte de una Revelación gratuita que es acogida en mí por la fe. Cuando los conceptos de fe son trascendidos para pasar a la contemplación, no es que la fe se diluya en una "nube del no saber"⁴, indiferenciada, irénica, confusa y sin contenidos. Todo lo contrario, lo que el místico capta transpsicológicamente es exactamente la misma fe pero no ya conceptualizada sino con un inicio de "Visión". Cuando san Juan de la Cruz habla de la "noche" y de la "sabiduría secreta y escondida" no entiende algo etéreo sin relación con la fe sino de un nuevo tipo de conocimiento que "sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo... y sólo pasivamente recibe inteligencia substancial desnuda de imagen"⁵. Esta inteligencia substancial, en los estratos más elevados de la "sabiduría matutina", es la misma Trinidad de Personas: "Porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado."⁶

El zen es antropocéntrico y parte del ambiguo y peligroso camino del ahondamiento⁷. El cristianismo es radicalmente trinitario y parte de una Palabra que me es dirigida gratuitamente: Jesús-Resucitado. "El centro de la vida espiritual es Cristo: Cristo todo en todo hasta la plenitud de su estatura. (Cfr.: Col 3, 11 y Ef 4, 13). El cristianismo es esencialmente personal. Tiene como centro a una Persona, más aún, una experiencia. El cristianismo no es solamente una sabiduría, una filosofía, sino una experiencia que proviene de una Persona que habla más con su vida y con su presencia que con las palabras."⁸

3 Cfr. *Subida*, Prólogo, n° 2

4 Cfr. *The Cloud of unknowing*, Image Book, New York, 1973

5 *Cántico*, 39, 12

6 *Idem*, 39, 3

7 H.M. Enomiya Lassalle, o.c., pág. 137 y ss.

8 Cardenal Giulio Bevilacqua, *Cristo centro de nuestra vida*, L'Osservatore Romano, ed. castellana, 20/XI/77

Toda espiritualidad cristiana es el fruto gratuito de un encuentro con Jesús-Resucitado. Sólo El nos llama de las tinieblas a su Luz admirable (I Pd 2, 9). El nos viene a buscar (Jn 15, 16; Mt 4, 18-22 y 9,9). Es la luz más resplandeciente que el sol, que nos envuelve (Hch 26, 13), y nos interpela por nuestro nombre: "Saúl, Saúl". El respondió: "¿Quién eres, Señor?" "Yo soy Jesús" (Hch 9, 4-5).

El Espíritu, que nos da la gracia, es el Espíritu del Resucitado, el inicio del Mundo-Nuevo. Es gracia, gratuidad, regalo, don y es "gratia Christi"⁹, que cristifica: "El influjo interior de la gracia no le pertenece a otro más que a Cristo, cuya humanidad, dado que está unida a la divinidad, tiene el poder de santificar."¹⁰

El punto de referencia focal de toda espiritualidad es el mismo Jesús-Resucitado presente en medio de la Iglesia: "Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios, y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios" (I Jn 4, 2-3). Es Jesús-Resucitado "cuya semblanza no podemos representarnos hoy si no es recordando su bondad mansa, humilde y pastoral (Cfr.: Mt 11, 29; Jn 10, 14), su fascinante y atormentada profundidad interior (Cfr.: Is 53, 2-4), su esplendor divino, irradiante y beatificante (Cfr.: Jn 14, 9; Mt 17, 2; II Cor 3, 18)"¹¹, quien nos "transmentaliza", nos "transforma" y nos hace "apóstoles".

Ese encuentro se realiza en la Iglesia como sacramento-fundamental del Resucitado en la Liturgia, la Palabra o el Servicio. Yo me encontré con el Señor Resucitado a los 15 años durante una solemne vigilia pascual celebrada en la Catedral de la ciudad de Rosario. Sé de algunos que lo encontraron al leer la Biblia, y de otros que lo hicieron en el servicio y en los más diferentes momentos y lugares. Otros "vieron" su rostro o "escucharon" su voz. Todo ello le pertenece a la Iglesia.

"El N.T. no nos ha explicado esa presencia de Cristo en su Iglesia. Pero al menos negativamente nos la ha delimitado: No se trata de la perduración de su influjo como personalidad histórica; tampoco se trata de la validez teórica de su mensaje ni de la convicción de que siempre habrá hombres que se vuelvan a Jesús y se comprendan desde El como maestro o guía. No es su personalidad, sino su persona; no es su obra, sino El mismo; no es su ejemplo, sino su identidad lo que perdura y lo que la Iglesia lleva en su seno."¹²

Por ello El nos remite a la comunidad-eclesial: "Levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer... y estuvo con los discípulos de Damasco." (Hch 9, 6 y 19).

9 III, 8, 5

10 Idem, art. 6

11 Pablo VI a los Padres del Sínodo Episcopal, 1974

12 Olegario G. de Cardedal, *Jesús de Nazaret, aproximación a la cristología*, B.A.C., Madrid, 1975, págs. 583-584

“Los hombres no se convierten ante una noticia, una doctrina o una promesa, sino ante una Persona que se nos ha puesto en el camino, nos ha cegado primero para hacernos luego ver, nos ha obligado a volver cambiando la dirección de nuestra marcha (conversión), nos ha referido a los que antes le vieron (comunidad eclesial) y nos ha enviado a testimoniarle ante todos los demás (misión apostólica).”¹³

Lo dice Pablo VI: “El anuncio –kerigma, predicación o catequesis–, adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo. Sin embargo, no pasa de ser un aspecto. Efectivamente, el anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón... Tal adhesión, que no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se revela concretamente por medio de una entrada visible, en una comunidad de fieles. Así, pues, aquellos cuya vida se ha transformado, entran en una comunidad que es en sí misma signo de la transformación, signo de la novedad de vida: La Iglesia, sacramento visible de la salvación...”

Finalmente, el que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He aquí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: Es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia.”¹⁴

La comunidad concreta, eclesial, abierta a la diócesis y a la Iglesia Universal es el caldo de cultivo de toda espiritualidad seria, renovadora, atrayente, bien fundamentada teológica y pastoralmente. “La experiencia de la presencia vivificadora de Jesús como Señor glorificado, operando en medio de su comunidad, es la matriz de la palabra religiosa que aflora, crece y se expande en la doxología, en el himno, en la anámnesis, en la profecía; consiguientemente, la matriz originante y el necesario suelo en que ha de estar arraigada toda palabra teológica y todo discurso teológico.”¹⁵

Este encuentro con Jesús-Resucitado tiene sus características: “Es encuentro de carácter objetivo, en el sentido de que el sujeto no crea la realidad que percibe, sino que la acoge y la siente como adviniendo a él y dada. Es de carácter personal, ya que está determinado por la referencia a una Persona, frente a la cual se está. Esa Persona es referida, a su vez, a una historia que la identifica en el tiempo y en el espacio, arrancándola, por ende, a la manipulación

13 Idem, pág. 581

14 E.N. n° 22-24

15 Olegario G. de Cardedal, o.c., págs. 588-589

subjetiva de los creyentes... Esa historia tiene una normatividad y función crítica absolutas frente al presente, y ningún movimiento carismático podrá dejar en silencio que el Señor glorificado, que hace pregustar las primicias del siglo futuro y de la resurrección, es el Jesús que murió y que padeció, y que su camino de dolor es el camino necesario para llegar a la meta... Es un encuentro, finalmente, donde el sujeto primordial es la comunidad y no el individuo; donde, a su vez, el apóstol es la instancia normativa que la refiere a sus orígenes y la juzga a la luz de la confesión de la fe.”¹⁶

La comunidad es madre: “Ecclesia Mater”. Como decía san Agustín: “A vosotros, con quienes hablo, que sois miembros de Cristo; ¿quién os ha engendrado? Oigo la voz de vuestro corazón: la Madre Iglesia, esta Madre santa y honrada, similar a María, que da a luz y es Virgen.”¹⁷

Y la comunidad engendra hombres espirituales no sólo porque es una sociedad bien organizada con sus autoridades, sus compromisos y el bien común a obtener bien definido; no sólo porque su naturaleza, fines y medios están claros; y no sólo porque la interrelación, la división del trabajo y la colaboración son claves para llevar adelante una obra —aunque toda esta base es esencial: *gratia supponit naturam*—, sino porque en la comunidad está Jesús-Resucitado (Mt 28, 20 y 18, 20), quien derrama al Espíritu Santo, quien es como su “quasi-forma” invisible. Como escribió Pío XII: “A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, hay que atribuir también el que todas las partes estén íntimamente unidas, tanto ellas entre sí, como con su excelsa Cabeza, estando como está todo en la Cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros; en los cuales está presente asistiéndoles de muchas maneras según sus diversos cargos y oficios, según el mayor o menor grado de perfección espiritual de que gozan. El con su celestial hálito de vida ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del cuerpo... Baste afirmar esto, que, mientras Cristo es la Cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma.”¹⁸

En la comunidad el Espíritu empuja a todos a buscar incesantemente el rostro del Padre que está en el cielo, a considerarse peregrinos y caminantes, extraños y forasteros sobre esta tierra que pasa (Hb 11, 13), a desprenderse hacia la Luz divina.

En la comunidad se siente la compañía de María-Transfigurada (Nueva Eva, Madre y tipo de la Iglesia), concaminando con los que

16 Idem, pág. 590

17 San Agustín, *Sermo Denis* 25, 8; Cfr. Rafael Palmero Ramos, “*Ecclesia Mater*” en San Agustín, Ed. Cristiandad, Madrid, 1970

18 Pío XII, *Mystici Corporis*, n° 49

han hecho de la comunidad un desierto donde la Iglesia encuentra su liberación dando culto a Dios, penetrando en su misterio y sirviendo a los hombres.

En efecto, la comunidad no puede dejar de contemplar a María en sus relaciones trinitarias, cristológicas y eclesiológicas; en su inmaculada concepción, su plenitud de gracia y belleza y hasta recuperación de los dones preternaturales, su virginidad maternal y esponsal, su llevar la alegría mesiánica a los demás, su dar a Jesús, su colaboración en la obra de la redención, en su fe, esperanza y amor y todas las virtudes, en su capacidad de escuchar la Palabra y penetrar en sus profundidades, dar culto a Dios y servir a los demás, en su búsqueda de la unidad y aptitud para transformar el mundo; en su ascensión —al encuentro del Señor en los aires (I Tes 4, 17)—, y en sus eternos dolores de parto para dar a luz a los que mantienen el testimonio de Jesús (Ap 12, 2 y 17).

En la comunidad y desde la comunidad así percibida, como sacramento fundamental, surge la Liturgia, la Palabra y el Servicio; y ella misma se transforma en “camino-original” (como sacramento del Resucitado-Pléroma), de toda experiencia espiritual auténtica llamada a desarrollarse hasta su plena madurez.

Pareciera ser que los primeros cristianos percibieron agudamente este papel de la comunidad como “camino original” (la llaman simplemente “camino”: cfr.: Hch 9, 2; 18, 25-26; 19, 9; 22, 4; 24, 14), después de la invisibilización del Resucitado (el Camino hacia el Padre: Jn 14, 16), por la Ascensión y la “eclesialización del Espíritu”. “Cuando cesa la presencia intrahistórica de Jesús es cuando comienza la del Espíritu Santo; no para tener él una historia en la misma forma en que la tuvo Jesucristo, sino para constituir historia, como con su presencia comunitaria constituye la comunidad. Ha sido Lucas quien más ha acentuado este aspecto histórico de la presencia del Espíritu, de modo que, según su modo de ver o su teologúmeno peculiar, el tiempo que transcurre entre la resurrección y la parusía es el tiempo de la Iglesia y, por identidad, el tiempo del Espíritu Santo.”¹⁹

Demos gracias que hoy asistimos a una revalorización de la vida comunitaria, o en fraternidad. Se habla de comunidades eclesiales de base, de asociaciones, de grupos o movimientos espirituales más o menos comprometidos.

Temo que en algunos existe, empero, un uso abusivo del término (“vivir en comunidad” será para algunos encontrarse durante algunas horas una vez por mes o menos), o un poco de ingenuidad. Vivir en comunidad (aún con un mínimo de compromisos y en-

¹⁹ Manuel M. González Gil, *Cristo, el misterio de Dios*, B.A.C., Madrid, 1974, t. II, pág. 486

cuentros), no es fácil. Al contrario, la comunidad es una verdadera puerta estrecha y un camino angosto ya que es el sacramento de Jesús en Cruz y Resurrección (Mt 7, 13-14; Jn 10, 9 y 14, 6).

Uno debe pasar por Jesús-Espiritualizado para espiritualizarse, con todos los sufrimientos que ello implica. Quien pasa por una puerta estrecha debe hacerse violencia, se lastima y hasta puede destrozarse; quien camina por un camino angosto en cualquier momento puede perderlo hasta sin darse casi cuenta, y el camino se hace difícil, incómodo y constantemente hay que retomararlo.

La comunidad espiritual sólo puede estar formada por, al menos, algunos espirituales que espiritualicen.

La koinonía presupone la metánoia y el anhelo ardiente de la metamorfé.

Una comunidad de personas no convertidas o semiconvertidas está edificada sobre arena; pronto se destruirá. No está construida sobre la Roca (Mt 7, 24), sobre el único Fundamento (I Cor 3, 11). La comunidad se mantiene en tanto que “haga-comunidad”, es decir, practique la koinonía (Hch 2, 42), busque incessantemente la mente del Señor (I Cor 2, 16 y Fil 2, 5).

El proceso transformante para ir adquiriendo un solo corazón y una sola “psiquis” (Hch 4, 32), es por lo general altamente doloroso. Verdadera “fermentación” donde la pequeña levadura del Reino va leudando lentamente a toda la masa.

Raymond Hostie en un estudio estadístico psicosociológico ha demostrado que en la fundación de las congregaciones y órdenes ese proceso dura de 5 a 20 años. Y nos referimos a dichas comunidades, no porque todas deban ser así, sino porque son las más relativamente estables. “La gestación es larga. Dura de cinco a diez años. A veces necesita incluso veinte. Se extiende, en efecto, desde el primer encuentro constitutivo del embrión de una banda, que muy a menudo se deshace una o dos veces, hasta el pleno logro de la fermentación. En general no hace intervenir más que a un pequeño grupo de actores: de cinco a quince compañeros. No es raro que en el curso de la evolución alguno que otro se vaya. La intensidad de la fermentación puede hacer que tal asociado no la soporte y no se encuentre a gusto. Por el contrario, puede atraer a otros que son más accesibles o más robustos. Pero no se mantiene sin debilitarse, a no ser que las decepciones y los reemplazos no se multipliquen.”²⁰

Análogicamente hay que aplicar esto a otros grupos y comunidades, no olvidando que el trabajo pastoral de construir comunidades es esencial para la vida de la Iglesia, pero uno de los más delicados. Es la gran misión: formar personas nuevas en comunidades nuevas.

Se necesitan verdaderos pastores que den caminos (“legislen”), los hagan poner en práctica (“ejecuten”), y discernan (“juzguen”), a los que no caminan en “común-uniión”.

Que sepan gobernar con verdadera autoridad (“auctoritas”: auge-re, hacer crecer), haciendo crecer a los demás en el conocimiento de la voluntad del Padre, que es servicio de engendramiento de virtudes. Pastores-“sacerdotes” que enamoren de la Liturgia y de la oración personal. Pastores-“profetas” que iluminen sin cesar con la Palabra de Dios viva y eficaz más cortante que espada de doble filo, que discierne entre la psiquis y el espíritu y escruta los “logismoi” del corazón (Hb 4, 12; Lc 2, 35; Mc 7, 21).

La comunidad nueva no es una comunidad psíquica –ideologizante, “lógica”, sentimental, “empática”, afectiva, a la búsqueda de “vibraciones positivas o negativas”–, sino pneumática, pobre, casta y obediente.

La obediencia (“ob-audire”: escuchar sabiamente), como seguimiento incondicional del Resucitado transparentado en los superiores (autoridad como servicio para el crecimiento divinizante de la comunidad) y la guía del Espíritu, es el primer antídoto contra el hombre animal. “En el principiante, sobre todo, la obediencia perfecta ha de mantenerse indiferente, sin detenerse a investigar el objeto o la causa del mandato, llevando a la práctica, con toda fidelidad y humildad, lo que el superior ordena. Porque el árbol de la ciencia del bien y del mal del paraíso, el poder discernir reside, dentro de la vida religiosa, en el padre espiritual, que es el único que puede juzgarlo todo y a él nadie puede juzgarle. El discernir, el juzgar, a él sólo le compete, a los demás toca obedecer... Es imposible que haga de la celda su morada permanente y persevere en la religión, el que estando todavía en el período animal se atreve a juzgar, el novicio que se tiene por prudente, el principiante que se jacta de sabio. Hágase necio para llegar a ser sabio. Que toda su discreción y juicio sea no tenerlos. Que toda su sabiduría sea carecer de ella.”²¹

Entrar en una comunidad cristiana significa entrar en un inicio del Nuevo-Mundo, en la luminosidad de Nazaret, del Tabor, de Getsemaní, del Calvario, del amanecer de la Resurrección.

No nos engañemos: sólo la comunidad virgen y transparente es la luz del mundo y la sal de la tierra.

Esas “comunidades” llenas de ruidos y desórdenes, donde casi no se ora y hay muy poca formación y casi no se estudia la Palabra de Dios; donde hay demasiada y superficial interrelación humana rebosante de pura afectividad (hasta descontrolada y con pérdida del sentido del pudor), donde los jóvenes están a la búsqueda del “can-

didato”; donde la sospecha y el juicio temerario, la murmuración, el chisme y hasta la difamación y calumnia no han sido extirpados de raíz; donde no brilla el valor de la ascesis, la fortaleza, la perseverancia, la paciencia y la mansedumbre y todas las virtudes cristianas girando alrededor del amor sobrenatural —aunque más no sea buscadas como ideal—, se destruirán, hacen perder el tiempo a los pastores y al rebaño. Y la Iglesia tiene la obligación de reflexionar su pastoral; no es cuestión de correr en vano (I Cor 9, 26), gastando tiempo y personas en grupos endebles que deben ser reconstruidos —si eso es posible—, cada dos o tres años.

Las comunidades deben ser signos de una vida “diferente y difícil”. No creamos que lo fácil e indefinido —mezclado con lo mundano—, puede atraer y formar seriamente. Todo en ella debe conspirar positivamente hacia la meta que se propone; incluso el ambiente material.

“La afinidad entre el silencio-belleza sensible y el silencio-belleza espiritual tiene consecuencias que repercuten en lo más profundo de la vida cristiana... El hábito y el amor del silencio, y la alegría del encuentro con la belleza son dones muy grandes que es necesario apreciar. La Iglesia siempre lo entendió así, y por eso procuró que la oración estuviera como protegida por un clima exterior de silencio y de belleza. Particularmente ha tenido una atención constante para que su liturgia se desarrollara en un clima de belleza. Arquitectura, imaginería, ornamentos, vasos sagrados, libros, cantos, todo ha de contribuir a crear alrededor de la oración un clima de belleza. Y esta preocupación no tiene ciertamente, ningún sentido esteticista, sino que todo este esfuerzo termina en una finalidad espiritual. De ahí la importancia que tiene el no descuidar el elemento belleza a pesar de todos los slogans o argumentos de moda. La arquitectura de una iglesia agresivamente vulgar, una música o cantos de bajo nivel, pueden crear un clima aparentemente más popular, más asequible al hombre de la calle o al muchacho de hoy. Pero si aparentemente se les hace un bien, en realidad se les está poniendo un obstáculo muy sutil y muy grande para que un día lleguen a descubrir la oración profunda, sin la cual su cristianismo será dolorosamente lábil.”²²

La comunidad está puesta por el Resucitado-Pléroma para divinizar a sus miembros. En ella se dan todos los caminos o medios para el desarrollo de la vida según el Espíritu. Ese es su fin: manifestar a Dios divinizando a sus integrantes para construir la Iglesia y transformar el mundo. Podríamos decir que ella es el elemento visible

²² Pablo Sáenz, o.s.b., *Reflexiones sobre el silencio y la belleza*, Cuadernos monásticos n° 41, 1977, pág. 191

esencial (ut conditio sine qua non), del crecimiento de la vida espiritual: "Nacemos de su parto, nos alimentamos con su leche y somos vivificados por su Espíritu."²³

Demás está decir que todo esto es así sólo en la medida en que la comunidad esté unida a la parroquia donde reside, al Obispo de la diócesis y al Papa de la Iglesia Universal. Los "guetos" o se desviaron en herejías espirituales —gnosticismo, montanismo, origenismo, pelagianismo, hermanos del libre espíritu de Holanda, los fraticelli de Italia, el predestinacionismo protestante con la negación de la gracia cooperante, los alumbrados de España, el jansenismo, el quietismo, el semiquietismo francés, el palamismo ortodoxo de las energías increadas, la luz divina visible del Monte Athos, la herejía de la acción, etc.—, o desaparecieron.

No es bueno para la Iglesia, y para las mismas comunidades, el que existan personas que se creen primero miembros de tal o cual movimiento o comunidad y después (y hasta sucede que ese después no se da, al menos con la rapidez deseada y en forma práctica), miembros de la Iglesia diocesana y universal. Peor es que existan grupos que favorecen tal desviación.

Muy otra es la mentalidad de la Iglesia²⁴. "El signo más evidente de la validez de un carisma es su conexión eclesial. Los carismas se dan para el bien común, tienen su lugar y su función en la Iglesia para la cual son dados. Esto exige fundamentalmente: conformidad con la doctrina de la Iglesia en su expresión espiritual, y comunión con la Iglesia universal y local en su modo de vivir y de actuar."²⁵

Existe una Biblia, una Tradición, un Magisterio, una Liturgia, una vida testimonial de toda la Iglesia Universal, que también se concretiza en mi Iglesia diocesana. Esas son las fuentes primarias de toda vida espiritual. Diríamos que hay que formar primero en la espiritualidad eclesial y luego en la propia de la comunidad, que no será sino un "matiz", un "énfasis", una "limitación" apropiada a la limitación de la persona y los grupos humanos, una "perspectiva" estéril si no está injertada en el Pléroma eclesial.

La presencia del Papa y del Obispo en las comunidades no es meramente canónica o teológica. Es mística y espiritual, dinámica y vital. La Iglesia Universal es una abstracción si no nos adherimos al Papa. Y otro tanto se puede decir de la Iglesia diocesana o particular sin comunión con el Obispo.

23. San Cipriano, *De catholicae Ecclesiae unitate*, 5, citado por Pablo VI en M.C. n° 28

24. Cfr. E.N. n° 61-62

25. Jesús Castellanos, *Movimientos modernos de espiritualidad*, Instituto Pastoral del CELAM, sección de espiritualidad, Medellín, 1976, pág. 8

Ellos, de hecho, son los “perfeccionadores”²⁶ máximos de la vida espiritual de todo el Pueblo de Dios. De ellos derivan la Liturgia, la Palabra y el Servicio. Puestos en estado de perfección adquirida para ejercitarla en bien de los demás²⁷, son el signo y la realidad de ese apostolado (sucesores de los Apóstoles), a que debe llevar de una u otra manera, todo desarrollo de la vida espiritual.

Poner a la comunidad eclesial, sacramento del Resucitado-Pléroma, como la puerta, el camino y la meta del crecimiento en la vida de la gracia quita a la espiritualidad algunos resabios de pietismo individualista que todavía flotan a su alrededor. Hace de la vida espiritual algo objetivo, activo, de encuentro e interrelación personal, al servicio de la Iglesia y del mundo, plenamente humano, sanamente “extrovertido”, auténticamente cristiano.

Recuerdo la impresión que me causó un diálogo que tuve —en junio de 1974 en Ann Arbor (E.E.U.U.)—, con un sacerdote jesuita que había vivido largos años en la India y había estado en los “Ashrams”. Para él la gran diferencia entre lo hindú y lo cristiano era la vida gozosa en la comunidad ausente en el hinduismo y tan clave en el cristianismo.

Jesús Resucitado llama (transmentaliza, convierte: metánoia), para formar una comunidad (koinonía) de llamados (Ek-klesía), discípulos (metamorfé) y seguidores (apóstoles).

2. *El camino angosto de la Cruz luminosa y transformante*

Debemos recuperar el valor insustituible de la ascesis. El Padre para “pneumatizar”, por el Espíritu, a Jesús lo hizo subir a la Cruz, que tiene así el increíble poder de hacernos pasar (Pascua) de la carne y la psiquis al Espíritu.

Sin caer en el pelagianismo, sabemos que la práctica de la vida espiritual exige nuestro accionar que, por supuesto, ya es don de Dios: gracia cooperante.

Ciertas espiritualidades fáciles que dicen tener su inspiración en determinados santos o corrientes espirituales —victimistas y dulzonas; o triunfalistas y agresivas—, y que caen en una especie de “quietismo” o “semiquietismo”, no conducen a resultados serios y duraderos. Toda la Tradición afirma lo mismo y los santos, cualquiera sea la escuela a la que pertenecieron, lo dicen sin retaceos y ambages.

Quede claro que, como siempre, estoy hablando del desarrollo pleno de la vida de la gracia, no de sus inicios o estacionamientos en la tibieza.

26 C.D. n° 15

27 II-II, 184, 7

“El cristianismo es la doctrina de Cristo, nuestro Salvador, que se compone de la vida ascética (praktiké), de la contemplación del mundo físico (fysiké) y de la contemplación de Dios” (theologiké)²⁸.

Es claro que para san Juan de la Cruz lo que prepara la entrada en la noche pasiva es la noche activa de la subida como condición. Y esto, lo hemos visto, viene de lejos. “Según la doctrina común de los teóricos del monacato primitivo —herederos, en esto como en tantas otras cosas, de la tradición espiritual cristiana y, sobre todo, de los maestros de Alejandría—, el camino de la perfección empieza por una dura etapa purificadora. Llámese praktiké, scientia actualis o como se quiera, consiste, como dice Evagrio Póntico, en un método espiritual que purifica la parte afectiva del alma. Esta catarsis presenta una doble vertiente: una, negativa, consiste en extirpar los vicios; otra, positiva, mira a la progresiva adquisición de las virtudes... Todos los padres y maestros espirituales han hecho hincapié en que la ciencia práctica —que evidentemente tiene mucho más de práctica que de ciencia o teoría—, es un método necesario, indispensable y obligatorio. Es el único medio de pasar del vicio a la virtud, del apartamiento de Dios a la unión con él. Sin la praktiké no puede haber verdadera vida cristiana, ni, consiguientemente, verdadera oración, ni contemplación, ni auténtica mística.”²⁹

Es extraño que nuestra época tan sensibilizada con los signos haya simultáneamente dejado de lado la ascesis exterior: recogimiento y purificación de los sentidos externos, manera de hablar y de vestirse, soledad y silencio, ayunos, disciplinas y cilicios, pobreza unida a la armonía de la santa belleza, vigiliias, trabajo y estudio duro y constante por los demás, dominio de los movimientos del cuerpo, educación en el trato con los demás, formas de comer y de vivir cotidianamente, estabilidad en los compromisos asumidos, austeridad en la liturgia. En una palabra: todo lo que disciplina, condiciona lo interior y manifiesta, con palabras de García M. Colombás, que los cristianos llevamos una vida diferente y difícil, que no somos del mundo (segregados, es decir, elegidos, formados y enviados por Jesús Resucitado), aunque vivimos en él (no separados).

Evidente que sin el ascetismo interior: pureza de corazón, implantación de todas las virtudes, lucha contra los vicios, oración constante, combate contra Satanás, purificación de los sentidos internos y de la memoria, inteligencia y voluntad, discernimiento de espíritus, etc., el ascetismo exterior es fariseísmo; pero ninguno de los dos debe descuidarse.

28 Evagrio Póntico, *Tratado práctico*, 1

29 García M. Colombás, o.c., pág. 175

En aras de un pseudorespeto a la persona humana y a su libertad, algunos formadores han descuidado la parte ascética. Le han quitado al cristianismo su vertiente de lucha, “la milicia cristiana”, de fortaleza, de heroísmo, de Cruz.

“Hay educadores que se sumergen y se ahogan en psicologías (animales casi siempre, que no humanas) y no se enteran que el educando no es un animal, ni un animal racional siquiera, sino un hijo de Dios. Educan a un hijo del Rey como educarían a un buey o a una gallina. Porque no hablan con las estrellas, porque no hablan con la Estrella.”³⁰. Es importante encontrar hoy seminaristas, novicios o laicos en formación de movimientos apostólicos —y hasta sacerdotes y religiosos jóvenes—, sin el “a-b-c” de la educación humana fundamental y la práctica de los inicios de la ascesis cristiana. Comen y se sientan desgarradamente, sus formas de vestir delatan sensualidad o descuido, están en las ceremonias litúrgicas como en el bar de la esquina, palabras groseras y chabacanas, risas y expresiones destempladas, participación en bailes y espectáculos que hacen enrojecer, vida cotidiana fácil y desordenada sin horarios para levantarse y de oración y estudio, desconocimiento de la lucha contra el mundo, el demonio y la carne, hipercríticos hasta de la Iglesia y de la Jerarquía, despreciadores de la autoridad legítima, inconstantes, superficiales, vacíos. Esto indica un bajón en los formadores. Se ignora lo que es formar al hombre y al hombre-espiritual, al hombre de Iglesia.

Quienes durante años están a cargo de gente en formación saben lo crucificante que es esa tarea; cuánta energía transformante hay que gastar. Las resistencias a pasar del “animal” al “racional” y de éste al “espiritual” son enormes. Los psicólogos hablan hoy más de esto que los padres-espirituales. Pero allí está la verdadera tarea del maestro espiritual en comunión con la sabiduría de la Iglesia en una comunidad camino de transformación divinizante.

Aunque parezca duro me atrevería a decir que el “postulante” que no manifiesta humildad (contra la soberbia), y obediencia (contra la desobediencia), con respecto a su padre espiritual en concreto, no se lo debe dejar avanzar al “noviciado” y despedirlo si no cambia.

Desconocemos en qué materia pecaron Adán y Eva, pero sabemos que el pecado original está enraizado en la soberbia y la desobediencia³¹.

La divinización se opera en la Cruz de la humildad y la obediencia. Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz. (Cfr. Fil 2, 8 y Rm 5, 19).

30 Louis Evelyn, *Educación educándose*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1969, pág. 13

31 II-II, 163

Aquí tocamos la base o fundamento de toda vida espiritual, cuya cúspide y coronación es el amor divino. Quien abate su soberbia (rebeldía, orgullo, vanagloria, egoísmo, autocentramiento, etc.), y su desobediencia (juicio propio, racionalización, terquedad, autojustificación, salir con la suya, etc), abrazándose a la Cruz, puede entrar en un discipulado ("noviciado") fecundo. Se transformará.

Es importante mostrar este proceso —para evitar derrotismo, espiritualidades "tristonas y crucificantes", ambientes tensos y cargados—, como resurreccional.

Decía san Efrén (+ 373): "El que en el corazón del desierto celebra completamente solo, es una asamblea numerosa. Si dos se reúnen para celebrar en las montañas, millares y miríadas están allí presentes. Si son tres los que se reúnen, un cuarto está entre ellos. Si son seis o siete, doce mil millares están reunidos. Si se ponen en hileras (se refiere al rezo del oficio divino en comunidad), llena con sus oraciones el firmamento. Si están crucificados sobre la roca y marcados con una cruz de luz: fundada está la Iglesia."³²

El misterio de la ascesis y el sufrimiento debe ser abordado de frente. La seriedad escalofriante del calvario, como único camino hacia la Resurrección, debe ser presentada a todos con la luminosidad atrayente de quien predica una Buena Noticia. He conocido a jóvenes, bautizados católicos, que se inclinaban hacia el budismo³³, porque todavía no habían encontrado a un "Pablo" que les proclamara al Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los paganos; mas para los llamados fuerza y sabiduría de Dios (I Cor 1, 23).

La "piedra de tropiezo" (skándalon), que algunos constructores de comunidades quieren desechar, es realmente la piedra angular, ya que es el misterio del mismo Jesús (Hch 4, 11).

"¡Oh, si se acabase ya de entender cómo no se puede llegar a la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios —que son de muchas maneras— si no es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en eso el alma su consolación y deseo! Y cómo el alma que de veras desea sabiduría divina desea primero el padecer, para entrar en ella, en la espesura de la Cruz... Porque para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la cruz, que es angosta, y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos."³⁴ La comunidad está fundada cuando sus miembros están marcados con una Cruz de Luz.

32 Himno inédito de san Efrén

33 Las cuatro nobles verdades y el noble óctuple sendero que conduce al fin del sufrimiento. Cfr. Christmas Humphreys, *La sabiduría del budismo*, Kier, Buenos Aires, 1973

34 *Cántico espiritual*, can. 36, n° 13

3. La espiritualidad, las espiritualidades y los carismas

a) La espiritualidad

Ya hemos hecho alusión a lo importante que es ir descubriendo el rostro de una auténtica espiritualidad eclesial, cristiana, católica, apostólica, una, santa, ecuménica y universal. En ella debemos ser formados todos. Esa es la más preciosa aventura que vivieron los santos de todos los tiempos. Santa Teresa no agradecía extasiada, momentos antes de morir, el ser carmelita o haber reformado el Carmelo, sino el que Dios la hubiese hecho hija de la Iglesia y pudiera morir en ella.

Por otra parte nos engañaríamos lastimosamente si pensáramos lo contrario y quisiéramos acentuar "las espiritualidades" antes que la espiritualidad. "Cualquiera sea el estado o condición de vida particular en que la divina Providencia haya querido colocarle, el cristiano no podrá santificarse sino a base de esos elementos comunes a todos los bautizados: la inhabitación trinitaria, la configuración con Cristo, la gracia, los sacramentos, la práctica de las virtudes, etc. Son éstos los elementos básicos, fundamentales, indispensables, en toda vida cristiana... que habrá de tener en cuenta, ante todo y sobre todo, cualquier cristiano que aspire a la perfección, sea cual fuere el estado o condición de vida en que Dios haya querido colocarle."³⁵

b) Las espiritualidades

Esto presupuesto y asentado debemos decir que nuestra época, y con razón, es sensible a las espiritualidades específicas, después de haber pasado por variadas crisis de autenticidad. No soporta ver a un laico "clericalizado", a un religioso activo recargado de estructuras monásticas, o a un miembro de un Instituto Secular convertido en un semi-religioso.

Las espiritualidades (medios para santificarnos), y los carismas (medios para santificar a los demás), tienen que ser necesariamente diferentes y específicos en la Iglesia. Eso redundaría en beneficio de todos. No es lo mismo la espiritualidad de un monje, de un canónigo regular, de un fraile mendicante, de un clérigo regular, de una sociedad de vida en común, o de un instituto secular. No es lo mismo la espiritualidad de tal o cual escuela, corriente o movimiento de espiritualidad. No es lo mismo la espiritualidad contemplativa, activa, mixta, injertada en el mundo o separada de él. No es lo mismo la espiritualidad sacerdotal, religiosa, laical, matrimonial y familiar. No es lo

35 Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, o.c., pág. 845

mismo la espiritualidad cenobítica, eremítica, en celdas o en común.

En este sector de las diferentes espiritualidades es urgente una profundización teológico espiritual que delimite los campos y muestre los caminos propios de cada uno en el concierto armonioso de la Iglesia Universal.

Hay sacerdotes seculares que sufren porque (dicen...) no tienen espiritualidad propia. Añoran a los religiosos con sus métodos definidos y sus apoyos comunitarios. Ignoran las riquezas del clero diocesano³⁶.

Otros no tienen claro el que son hombres de otro mundo como representantes de Jesús-Resucitado-Cabeza, y así se introducen en cuestiones laicales que no les pertenecen.

Hay religiosos a quienes no se les ha aclarado la radicalización de la virtud de religión³⁷, del bautismo y del abandono de la familia y el mundo que implica el llamado que han recibido a ser signos del mundo nuevo a porvenir, primicias escatológicas y hombres del desierto.

Hay laicos que no saben preparar con alegría y pasión la materia del Reino y ser hombres de "dos mundos" (I Cor 7, 29-31).

Miembros de institutos seculares que se debaten entre acentuar el carácter secular de su apostolado, como desde el mundo —con el correspondiente peligro de "mundanización"—, o el carácter de "estado de perfección" por los votos —con el correspondiente peligro de hacerse "religiosos"—.

Todo esto debe ocupar a la teología de la espiritualidad hoy más que nunca para especificar, discernir y unir.

c) Los carismas

Estoy de acuerdo en reconocer con Urs Von Balthasar que toda mística es carismática y que Dios no regala ninguna gracia santificante o de otro tipo con fines puramente individuales, sino que quiere que toda gracia se haga fructífera en la estructura social de la Iglesia³⁸.

Pero la inversa no es verdadera y todo carisma no es místico. Siempre habrá que distinguir entre la gracia suprema de la santidad, a la cual conduce la mística, y los carismas que no la presuponen necesariamente. Los diversos aspectos de esta problemática confluyen

36 Cfr. Juan Esquerda Bifet, *Teología de la espiritualidad sacerdotal*, B.A.C., Madrid, 1976. José Delicado Baeza, *El sacerdote diocesano a la luz del Vaticano II*, Ed. Syx, Madrid, 1965

37 II-II, 186, 1

38 Cfr. Josef Sudbrack, *Prognosis de una futura espiritualidad*, Studium, Madrid, 1972

admirablemente en esta síntesis del Vaticano II con respecto a los sacerdotes: “La santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio; pues, si es cierto que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de salvación aun por medio de ministros indignos, de ley ordinaria, sin embargo, Dios prefiere mostrar sus maravillas por obra de quienes más dóciles al impulso e inspiración del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida, pueden decir con el Apóstol: Pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.”³⁹

El Movimiento Pentecostal Católico, nacido en Pittsburgh en el otoño del 66, ha hecho replantear buena cantidad de nuevos y eternos problemas a la teología ascético-mística. Hay ya librerías enteras —por ejemplo en los E.E.U.U.—, dedicadas al respecto y es difícil abrir balance crítico a los 10 años de su irrupción.

Es claro que el así llamado “Movimiento de Renovación” no es el único movimiento carismático dentro o fuera de la Iglesia Católica, pero éste es el “carismático”, podríamos decir, por antonomasia; por ello se puede tomar como punto de referencia para las reflexiones que siguen, aplicables a otros grupos más o menos similares.

a) Pareciera ser que el gran “descubrimiento” del Movimiento es el así llamado “bautismo en el Espíritu Santo”⁴⁰ (Cfr. Jn 1,33 y Hch 1,5).

Esta experiencia espiritual es difícil de definir: “¿Cómo definir y discernir la experiencia inicial del Espíritu de una forma más clara y más precisa? Trabajo éste bien delicado, porque se trata de describir la acción del Espíritu, el cual, por definición, escapa a todas nuestras categorías.”⁴¹ No obstante opino que no pasa de ser un tipo determinado de conversión (metánoia) o renovación de la conversión, algo más espectacular pero que en sí se observa —con otras características—, en otros movimientos espirituales como los Cursillos de cristiandad y los focolarinos.

Lo específico del “bautismo” vendría dado por la efusión de uno o varios carismas simultáneamente con el proceso de “conversión”. Los teólogos del Movimiento Pentecostal Católico admiten, sin embargo, que éstos no son absolutamente necesarios. Pero, de hecho, el “don de lenguas” (Hch 19, 6 y I Cor 12, 10), es muy buscado.

Habría que tener cuidado de no confundir esta clase de conversión con toda conversión y de allí concluir que sólo los que han tenido esa “experiencia” están convertidos realmente y forman la

39 P.O. n° 12

40 Donald L. Gelpi s.j., *Pentecostalism, a theological viewpoint*, Paulist Press, New York, 1971, pág. 173 y ss.

41 Cfr. Cardenal L.J. Suenens, *¿Un nuevo Pentecostés?*, Desclée, Bilbao, 1975, pág. 86

“élite” de los “espirituales”. La historia de la espiritualidad y el trabajo pastoral de años muestra todo tipo de conversiones. La realidad no es fundamentalmente objetable. Sí el nombre que puede conducir a ambigüedades; así como también ciertas manifestaciones rayanas en lo histérico que desagradan profundamente a ciertos gustos espirituales más delicados u amantes de la belleza y el silencio.

β) Las puntualizaciones que les hizo Pablo VI son como los hitos que le marcan el camino para no desviarse: “Por deseables que sean los dones espirituales —y lo son ciertamente—, sólo el amor de caridad, el ágape, hace perfecto al cristiano, sólo él hace al hombre “agradable a Dios”; gratia gratum faciens, dirán los teólogos. Porque este amor no sólo supone un don del Espíritu; implica también la presencia activa de su Persona en el corazón del cristiano... Según san Fulgencio, por citar nada más que un ejemplo, el Espíritu Santo puede conferir toda clase de dones sin estar presente El mismo; en cambio, cuando concede el amor, prueba que El mismo está presente por la gracia.”⁴²

Por otra parte sus mismos teólogos lo hacen⁴³.

γ) Es importante que se capten como “un” movimiento más dentro de los numerosos que existen en la Iglesia. Que no traten de pensar y, consecuentemente, de proyectar que ellos son el gran y único Movimiento de Renovación que el Espíritu ha suscitado en los tiempos actuales. Esto los vuelve agresivos y triunfalistas con el consiguiente rechazo por parte de otros sectores eclesiales. “Ningún Movimiento puede monopolizar los carismas y el Espíritu. Da la impresión, a veces, que algunos movimientos tienen esa tendencia. Los carismas en la Iglesia son múltiples y variados; son de ayer y de hoy; no responden a una visión estrecha de la vida eclesial sino al amplio plan de salvación de Dios que el Espíritu está actuando en la Iglesia y el mundo; sólo en esta visión pueden tener cabida los movimientos... apertura cordial, recíproca, de todos los movimientos entre sí para conocerse, enriquecerse mutuamente, hacerse la necesaria corrección fraterna, cuando fuere necesario, establecer una mutua colaboración para hacer algo concreto en bien de la Iglesia y de la sociedad.”⁴⁴

δ) La “emotividad” muy fuerte que se suele desarrollar en algunos “grupos de oración” debe ser objeto de constante discernimien-

42 Cfr. Pablo VI, *La acción del Espíritu Santo en la Iglesia*, L'Osservatore Romano, ed. castellana del 25/V/75

43 Ej.: Walter Smet, *Yo hago un mundo nuevo*, Ed. Roma, Barcelona, 1975, pág. 211 y ss.

44 Jesús Castellanos, *Movimientos modernos de espiritualidad*, o.c., págs. 8 y 10

to espiritual, no sea que se comience en el Espíritu para terminar en la carne. Algunos necesitan de esa emotividad y euforia en los inicios, pero los dañaría si no supiesen superar esta primera etapa "animal". Se nota que ciertas personas que participaron activamente en el Movimiento cuando van creciendo y profundizando, por ejemplo en la oración litúrgica, dejan los grupos de oración por sentirlos ya demasiado "afectivos". Así, un Abad cisterciense de un monasterio de los E.E.U.U. me comentaba que los novicios "pentecostales" dejaban el pentecostalismo a los pocos meses de límpida vida benedictina. Ya no sentían más esa necesidad.

ε) Hemos repetido ya varias veces que la conversión es sólo el inicio, el primer paso en la vida espiritual. Dejar a los que han recibido el "bautismo", o cualquier otra experiencia fuerte con o sin carismas, sin injertarlos en algún tipo de comunidad poniéndoles reales pastores que los guíen y formen hacia la madurez es frustrar una obra divina, crear el caos y la confusión que fácilmente se producen en grupos inmaduros no purificados de sus vicios —que ninguna clase de conversión hace desaparecer al instante—, y desconocer los procesos de desarrollo de la gracia.

Especialmente esto es importante para los latinoamericanos en general. Sabemos que en nuestros países la falta de formación seria espiritual o teológica en general es enorme.

Como simple opinión, pues todavía no ha pasado el tiempo suficiente que dé lugar a una evaluación seria, aquí es notable una diferencia entre los grupos nórdicos —con buenos pastores tanto laicos como sacerdotes y religiosos, y búsqueda de formación—, y los latinos con escasos pastores y más escasa formación.

Recuerdo el impacto favorable —aún en materia de cantos, orden y seriedad en la conducción de las asambleas—, que tuve al encontrarme por primera vez con grupos pentecostales norteamericanos y canadienses; en contraposición al "dis-gusto" —parecido al que sentí cuando asistía en Israel o en Egipto a las oraciones de los judíos o musulmanes—, que experimenté con ciertos grupos colombianos, portorriqueños y argentinos.

ζ) Hay que relativizar lo carismático en función de la espiritualidad y el servicio. Pienso que entre carisma y servicio existe la misma diferencia que entre don del Espíritu Santo y virtud infusa: gracia operante y gracia co-operante.

Llamar carisma a cualquier servicio (hecho con nuestro humilde esfuerzo virtuoso por razones sobrenaturales), es abusivo y conduce a confusiones.

El servicio, tan importante en la construcción de comunidades, no tiene por qué tener necesariamente la fascinación y acabamien-

to del carisma. Ni aún los santos ejercieron, por ejemplo, el servicio del sacramento de la reconciliación con la fuerza carismática con que lo ejerció un san Juan María Vianney.

Además, el más alto servicio que podemos prestar a la Iglesia y al mundo es nuestra santidad (heroicidad de todas las virtudes producidas por los dones del Espíritu Santo⁴⁵, ya que lo que más necesita la Iglesia y el mundo es la presencia de lo "Divino encarnado". No los dones de Dios sino Dios mismo. Y los carismas no son Dios; de ahí la lucha, bien emprendida, de san Juan de la Cruz contra los que ponen su corazón en ellos. Es como ponerlo en cualquier otro bien creado; es idolatría.

η) Siempre se debe poner en claro que el carisma episcopal, como servicio suscitado por el Espíritu para la espiritualización del Pueblo de Dios, es el máximo de todos los carismas y regulador de todos los demás: "Aquellos que dan una importancia exagerada a los carismas, rechazando que el carisma episcopal sea su regla, ponen en peligro la unidad de la Iglesia. Lo hacen con tanta mayor fuerza cuanto que son frecuentemente fuertes personalidades que ejercen sobre los grupos una verdadera tiranía espiritual en favor de un magnetismo falsamente atribuido al Espíritu... La tentación es grande de oponer la Iglesia carismática, la Iglesia del Espíritu y la Iglesia de los Obispos."⁴⁶

De hecho, esto es ya otro problema; el Obispo podrá ejercer su ministerio más o menos "carismáticamente" de acuerdo a su docilidad al Espíritu y a sus "carismas personales". Pero esto también tiene sus bemoles: "Podría traer penosas consecuencias una apresurada catalogación entre ministros "fieles al Espíritu" o "refractarios a su acción", que tomara como base la pertenencia o no a determinados Movimientos."⁴⁷

θ) Hay que tener siempre en cuenta que la Liturgia, por ser obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. Igualmente hay que enseñar a no anteponer ninguna clase de oración grupal a la oración litúrgica.

ι) Todo lo experimental, sobre todo en el campo de los fenómenos espirituales, debe ser balanceado por lo teológico y el discernimiento sereno eclesial que equilibre con otros matices de su universalidad.

45 Cfr. Código de Derecho Canónico: Cánones 2102, 2104 y 2114; L.G. n° 42

46 Alfonso López Trujillo, *La renovación en el Espíritu*. L'Osservatore Romano, ed. castellana, 27/XI/77

47 Idem ut supra

La tentación del pietismo es siempre actual, especialmente cuando se dan movimientos pendulares de acción-reacción entre horizontalismo y verticalismo.

“Una de las críticas más difundidas al Movimiento carismático es el interés escaso que manifestaría por un compromiso social... Preocupa, según parece, sobre todo en América Latina... El Movimiento carismático tiene una buena ocasión de mostrar la posibilidad de una síntesis entre la trascendencia y la inmanencia en el seno de la Iglesia.”⁴⁸

κ) Movimientos de “renovación” han existido siempre en la Iglesia. Esta “nueva” fuerza que están experimentando tantos cristianos⁴⁹, no es en realidad tan nueva. Los movimientos actuales no deben temer el irse “estructurando” poco a poco como ha pasado con los movimientos del pasado. “Los movimientos están al servicio de la renovación de la Iglesia; han nacido en ella para perderse en ella; pasada la novedad entrarán a formar parte de la vida de la Iglesia no como un elemento extraño o novedoso sino como algo normal que seguirá vivificando un aspecto de la vida eclesial, en comunión con nuevos movimientos y carismas que el Espíritu irá suscitando en el futuro hasta que llegue la plenitud del Reino.”⁵⁰. Así salvarán sus elementos positivos que en el pentecostalismo, por ejemplo, son tantos: insistencia en la renovación que sólo opera el Espíritu —como causa principal—, revitalización de los carismas, gusto por la oración, maduración del laicado, comunidades nuevas de matrimonios, alegría, sentido trascendente, ecumenismo con las Iglesias protestantes pentecostales y con los demás protestantes, reformados u ortodoxos que han entrado en la “renovación”, valoración de la interpretación espiritual de la Biblia, revalorización de los milagros, gusto por la vida en comunidad, clarificación de complejos problemas como la “curación”⁵¹, y la “sanación interior”⁵².

4. Escatología y vida espiritual

La vida espiritual es así una búsqueda cada vez más intensa de la Trinidad, de Jesús Resucitado, de la Iglesia y del mundo. Una penetración cada vez más profunda en lo increado (theologiké: sabiduría matutina), y en lo creado desde lo increado (physiké: sabiduría vespertina).

Dios mismo va abriéndose paso en el hombre que crece por el

48 Ib.

49 Cfr. John Thomas Nichol, *The Pentecostals*, Logos, New Jersey, 1971

50 Jesús Castellanos, o.c., pág. 11

51 Cfr. Francis Mac Nutt, o.p., *Healing*, Ave Maria Press, Indiana, 1974

52 Cfr. Michael Scanlan, *Inner Healing*, Paulist Press, New York, 1974

misterio de la cruz. La Luz divina brilla cada vez con mayor intensidad cual lámparas de fuego deslumbrantes. Se dilatan los espacios interiores: "Por el proceso de una práctica cada vez más fuerte (conversationis) y una fe más madura, dilatado el corazón, se corre por el camino de los mandamientos de Dios con la inenarrable dulzura del amor."⁵³

Los tres "momentos" en la Iglesia peregrina (purgación, iluminación, unión), no son sino estadios de un proceso mucho más largo, maravilloso e increíble, en la Iglesia celestial o triunfante y en la Iglesia parusíaca.

La huida de los sentidos y de lo meramente psicológico alcanzará su punto crítico con la muerte. El cuerpo con sus sentidos externos e internos, y con todas sus pasiones, será destruido. La inteligencia y la voluntad irrumpirán en la visión por el "Lumen gloriae". Como decía Benedicto XII "las almas de todos los santos que salieron de este mundo... en los que no había nada que purgar... vieron y ven la divina esencia con visión intuitiva y también cara a cara, sin mediación de criatura alguna que tenga razón de objeto visto, sino por mostrárseles la divina esencia de modo inmediato y desnudo, clara y patentemente."⁵⁴ Por un "evo" desconocido, Dios preparará al alma separada pneumatizada a unirse a un cuerpo pneumatizado: recién allí aparecerá el misterio de nuestra transformación, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo (Fil 3, 21 y I Cor 15, 51-53).

La escatología intermedia es importantísima en el proceso. Nos termina de enseñar lo que, tal vez, no habíamos terminado de aprender sobre el desprendimiento de nuestro cuerpo y del mundo que lo rodea.

Enseñar a prepararse para la muerte, para el acto supremo de obediencia a la llamada del Padre; para el acto supremo de purificación y desprendimiento donde se cumplirá plenamente la noche del sentido y del "espíritu" ("para venir a gustarlo Todo no quieras tener gusto en nada; para venir a poseerlo Todo no quieras poseer algo en nada"...); forma parte de la más rancia tradición espiritual.

El espiritual va captando el abismo entre su sabiduría en la línea de la fe y la visión en la línea del Lumen gloriae, y comienza a esperar ansiosamente la muerte como Paso del Señor (Fil 1, 23; II Cor 5, 8). La visión beatífica, por supuesto, no es estática, sino dinámica y en incansante crecimiento hacia el nuevo nacimiento de la Parusía cuando se produzca la nueva unión con el cuerpo, la comunidad transfigurada esté completa, el universo esté pneumatizado y se inicie la última etapa de crecimiento ya que la Parusía, otra vez, es un

53 San Benito, Regla, Prólogo

54 Benedicto XII, el 29 de enero de 1336, D. n° 530

cumplimiento y pléroma pero no un fin estático. Dios seguirá divinizando “infinitamente” a su creación, irrumpiendo cada vez más en ella.

“Es curioso que, mientras que la parusía era en el cristianismo primitivo, siguiendo una indicación del mismo Señor (Lc 21, 28), objeto de esperanza y deseo, sea percibida hoy por la sensibilidad del cristiano medio con un sentimiento de terror. En efecto, al cristiano medio actual resultan poco inteligibles oraciones como la que nos ha conservado la Didajé y que cerraba la celebración eucarística: Venga la gracia y pase este mundo... Maranatha.”⁵⁵

La escatología intermedia es “imperfecta” con relación a la Parusía; como la peregrinante lo es con relación a la intermedia. Y hasta la “parusíaca” es imperfecta tomada en un “momento” determinado con respecto a otro “futuro”.

Creo con Schmaus que “es muy probable, por no decir seguro, que El abra a los bienaventurados profundidades siempre nuevas de su misterio inagotable, y que se produzcan constantes novedades y sorpresas en el diálogo de los individuos entre sí, en el diálogo total de la comunidad y en la alegría y el conocimiento del mundo creado por Dios. Los glorificados progresan de vida en vida, de alegría en alegría, de amor en amor, de admiración en admiración, de claridad en claridad, por el hecho de que reciben una creciente capacitación para penetrar cada vez más profundamente en el misterio de Dios, en el del hombre y en el del mundo.”⁵⁶

No vale que con la muerte termina la posibilidad de merecer: “Dios puede conceder gratuitamente, más allá de la muerte, un crecimiento en el amor sin ningún mérito por parte del hombre.”⁵⁷ Pero cada uno crecerá de acuerdo a la estatura a que había llegado en el momento de la muerte por sus méritos: “Unos sin embargo con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos.”⁵⁸

“Hay otra tercera proposición de fe sobre la muerte que la considera aún en un aspecto formal. En ella se considera al hombre no como naturaleza, sino como persona. Nos dice la fe que con la muerte termina definitivamente para el hombre, según la terminología teológica, su estado de viador. Con la muerte, el hombre, aun como persona espiritual y moral, adquiere carácter y consumación definitivos. La decisión tomada y actuada en su vida corporal hacia Dios o en contra de Dios pasa a ser totalmente definitiva.

55 Cfr. Cándido Pozo, s.j., *Teología del más allá*, B.A.C., Madrid, 1968

56 Michael Schmaus, *El Credo de la Iglesia Católica*, t. II, Rialp, Madrid, 1970, pág. 829

57 Idem, pág. 829

58 Concilio de Florencia 1438-1445, D. n° 693

Mas esta afirmación de la fe no excluye todo perfeccionamiento del hombre después de su muerte, ni supone una concepción rígida, meramente estática, de la vida ultraterrena del hombre cabe a Dios. Ya la doctrina del purgatorio, de la resurrección venidera del cuerpo y de la futura consumación del cosmos entero, supone una "ulterior evolución" del hombre en orden a su perfección en todos los aspectos. Claro está además que, aún después de la consumación universal, la vida eterna del espíritu glorificado en comunidad inmediata con el Dios infinito, no puede concebirse sino como una actividad del espíritu finito dentro de la vida de Dios."⁵⁹

"Así, en la primera mitad del s. XIII se abre camino la tendencia —que ha sido después prevalente hasta tiempos recientes—, a valorar fuertemente la escatología intermedia y poco la final, en cuanto que se comienza a interpretar la resurrección gloriosa como algo que aporta sólo un nuevo gozo accidental al justo ya plenamente bienaventurado en el estadio de la escatología intermedia. Sin duda, la bienaventuranza en el estadio de la escatología intermedia es ya plena, en cuanto que ya es visión de Dios cara a cara y no un cierto comienzo de retribución. Pero, como ha hecho notar justamente F. Wetter, si lo nuevo que con el juicio final nos será dado, es un gozo accidental, la importancia de ese acontecimiento es en sí misma accidental; la resurrección cobra, en esta perspectiva, un relieve accidental en el conjunto de la doctrina escatológica. Y, sin embargo, una importancia accidental de la resurrección no explicaría la insistencia y el énfasis con que la Escritura y los Padres se refieren a ese día del Señor. Parece que la única manera de valorar debidamente la escatología final es suponer que por la resurrección se da un aumento intensivo de lo que es substancial de la bienaventuranza; es decir, un aumento intensivo de la misma posesión de Dios... Ya san Agustín sugirió que el alma separada del cuerpo es una substancia incompleta que mantiene su apetito de unión con el cuerpo; ese apetito representaría un impedimento que la retardaría de la más completa entrega a la visión de Dios."⁶⁰

El teólogo de la vida espiritual debe estudiar todo el proceso del desarrollo de la gracia, desde la semilla bautismal (o desde la semilla de la conversión), hasta los frutos increíbles del "crecimiento épéctico parusíaco", para comprender, por analogía, el estado del "viador" por el del "comprehensor" y viceversa.

En los más altos grados de la unión, el místico, que nunca se ha dejado fascinar demasiado por los inicios de la "visión" que tiene en esa vida peregrinante, comienza a como borrar la frontera entre la línea de la fe y la del "Lumen gloriae".

59 Karl Rahner, *Sentido teológico de la muerte*, Herder, Barcelona, 1969, pág. 29

60 Cfr. Cándido Pozo, o.c., págs. 74-75

San Juan de la Cruz lo hace con las últimas estrofas del Cántico espiritual: “Sólo le queda una cosa que desear, que es gozarle perfectamente en la vida eterna... Y esta espesura de sabiduría de Dios es tan profunda e inmensa que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprensibles.”⁶¹

Aquí aparece el valor enorme de la esperanza tanto en la ascética como en la mística. Hasta ahora se ha insistido mucho más en la fe y en el amor.

La esperanza es el factor determinante en la purificación de la memoria que límpida de todo apego queda dispuesta a transformarse en “anamnesis” —el “hombre litúrgico”— que prolonga la Eucaristía haciendo todo en memoria de Jesús⁶², en el silencio creativo del Padre de donde procede la Palabra⁶³, y en la virginidad del corazón de María “la cual, estando desde el principio levantada a este tan alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma alguna de criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.”⁶⁴

La esperanza “toca” los bienes futuros, los hace presentes, porque tiene certeza —por el auxilio omnipotente de Dios—, de alcanzar lo que ahora se le presenta como primicia y así el alma se mueve en la frontera entre la fe y la Luz.

La esperanza avanza hacia el futuro, es carrera hacia lo que vendrá; siempre tendida hacia la meta, es olvido de lo que queda atrás y avance sostenido, penetración siempre nueva en el misterio de Dios, antídoto mortal de la tibieza, jamás descanso, nunca sabe suficiente, entra en la locura de la Cruz.

“El alma en esta espesura e incomprensibilidad de juicios y vías desea entrar en el conocimiento de ellos muy adentro, porque el conocer en ellos es deleite inestimable que excede todo sentido... y por eso en gran manera desea el alma engolfarse en estos juicios y conocer más adentro en ellos; y a trueque de esto le sería grande consuelo y alegría entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo y por todo aquéllo que le pudiese ser medio para esto —por dificultoso y penoso que fuese—, y por las angustias y trances de la muerte, por verse más adentro en su Dios.”⁶⁵

“Este es el último conocimiento humano de Dios: conocer que

61 Can. 35, anotación para la siguiente can., 2; y Can. 36, 10

62 Cfr. Mensaje del Sínodo de los Obispos al Pueblo de Dios, nº 9, L'Osservatore Romano, 6/XI/77, pág. 9

63 Cfr. San Ignacio a los Magnesios VIII

64 *Subida*, L. 3, cap. 2, 10

65 *Cántico*, can. 36, 11

no conocemos a Dios.”⁶⁶ No porque no le conocemos sino porque por la Cruz podemos ir penetrando más y más en El y por El en el mundo.

El “espiritual” tiene sus constantes y características: “La humildad sincera y profunda, el silencio interior, el temor de Dios, el perdón de las injurias, la generosidad en obrar el bien, el deseo del cielo, la medida y la discreción en todo... la invulnerabilidad a los ataques del demonio... el entusiasmo, la dulzura, el gozo inenarrable... y el difundir la gracia divina sobre los demás.”⁶⁷

Pero su avance gozoso, de luz en luz y de gloria en gloria, orando, iluminando y sirviendo es como su quintaesencia.

Conclusión

Cuando decimos que hay que recuperar la teología de la vida espiritual y que ésta debe ser estudiada y vivida por los cristianos, queremos decir dos cosas —entre las muchas que en realidad quisiéramos decir—; por un lado, que hay que preparar maestros espirituales— hombres sabios (el destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría: G.S. n° 15)— y por otro, que hay que dar seriedad científica a la vida según el Espíritu.

“Cada día se imponen más los criterios que nos permiten tener un acercamiento más exacto o científico a la realidad. Los progresos de la ciencia, tanto a nivel de tecnología como de comportamiento humano, nos empujan a la superación de aquella superficialidad en la que el mero punto de vista u opinión se constituyen como fundamento de la acción pastoral. Al mismo tiempo, los más recientes hallazgos de las ciencias, de la historia y de la filosofía suscitan nuevos problemas que reclaman nuevas investigaciones teológicas. Efectivamente, en América Latina estamos experimentando esta doble presión: la de la realidad y la de los descubrimientos más recientes. Por lo mismo, los latinoamericanos o quienes trabajamos en América Latina, hemos de producir una “espiritualidad” científica, actual y adaptada a nuestra realidad.”⁶⁸

Pareciera que la espiritualidad no necesitara de una aproximación seria y científica. Y, sin embargo, todos los males son posibles cuando una comunidad no reflexiona seriamente su vivencia espiritual cotejándola con la Biblia, la Tradición, el Magisterio, la Liturgia y la

66 Quaest. Disp. de Pot. Dei 7, 5 ad 14; Cfr. Joseph Pieper, *The silence of Saint Thomas*, Logos, Chicago, 1965

67 Cfr. García M. Colombás, o.c., pág. 304 y ss. Etiam: Guillermo de Saint Thierry, *De la naturaleza y dignidad del amor*, Ed. N.S. de los Angeles, Azul, 1976, pág. 122 y ss.

68 Luis Jorge González, *Metodología de una espiritualidad latinoamericana*, Instituto Pastoral del CELAM, sección espiritualidad, Medellín, 1977, pág. 1

vida de la Iglesia, con sus santos y justos, en el mundo. Una falta de seriedad y formación alarmantes con respecto a lo espiritual y sus fundamentos se percibe en ciertos cristianos que tendrían la obligación de estar formados: sacerdotes, superiores, formadores, dirigentes de movimientos laicales.

Y esto, no obstante, hay Facultades de Teología donde hace años no se enseña sistemáticamente la teología espiritual; noviciados donde se la desconoce; comunidades enteras que la ignoran y hasta la impugnan.

Y es, justamente, la teología de la vida según el Espíritu la que puede producir hombres realmente sabios ya que la ciencia del Espíritu es la culminación —síntesis, inteligibilidad y consagración—, de todas las demás ciencias y sabidurías. “Que por eso la llama por otro nombre, que quiere decir sabiduría de Dios secreta o escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni “espiritual” (i.e., psicológico), como en silencio y quietud, a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo; lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo, porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y fantasías y aprehensiones de las potencias corporales, mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo, el cual, sin recibir las tales formas, sólo pasivamente recibe inteligencia sustancial desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo activo.”⁶⁹

Hacia allí se encamina nuestro esfuerzo. Alcanzar las riquezas de la plenitud de la inteligencia y la perfección de la “gnosis” del misterio de Jesús Resucitado, en quien están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2, 2-3).

Juan Carlos Leardi